

Pesadilla en un campo de cabezas

Luis Barrera

Desperté. Era de noche. Estaba tendido sobre la hierba, en la pendiente del valle. La luna brillaba con fulgor verde en la oscuridad. Las estrellas eran ojos que, extrañamente, se desplazaban en líneas rectas, parpadeando. Me incorporé, y el olor a podredumbre arrastrado por el viento me golpeó en el rostro. Bajé la vista hacia la hondonada: cientos, puede que miles de cabezas empaladas en estacas, que surgían del suelo como colmillos de madera, se extendían hasta donde la vista alcanzaba. Y en el centro del valle, solitaria, se erigía una casa de planta estrecha. Su tejado a dos aguas estaba a gran altura, una altura casi imposible, según me pareció. Y en la planta de arriba, una de sus ventanas estaba iluminada con luz amarillenta. Tras los cristales, se distinguía una gruesa sombra que no supe identificar con nada en concreto, pero me sentí observado desde allí arriba.

Una inmensa nube de moscas, como las olas de un mar negro, se agitaba entre las cabezas con un zumbido repugnante. Sentí un impulso ciego, inexplicable, que me conminaba a llegar hasta la casa, aunque esto supusiese internarme en tan nauseabundo lugar.

Mis pies avanzaron hacia la casa.

Me cubrí nariz y boca con una mano, intentando que las moscas y el hedor no me asfixiasen. Sorteaba las cabezas, procurando no fijar mi vista en ellas, pero fue imposible evitarlo. Algunas me miraban con sus ojos lechosos, mostrándome sus dientes, su carne en jirones colgantes; otras exhibían sus negras cuencas, de las que entraban y salían incesantemente las moscas. A mi paso escuchaba lamentos casi inaudibles, quejidos ahogados, frases sin sentido. El espanto de verme rodeado me dominó por completo, pero no me detuve. Una de ellas, que parecía de mujer por su pelo, gorjeó algo que sí comprendí:

—*¿Dónde está mi cuerpo?*—me estremecí, haciendo mía su pregunta.

—*Ya vuelves...*—dijo otra, con una sonrisa de dolor.

Avancé, intentando no rozar siquiera ninguna al pasar. Las moscas zumbaban rabiosas; chocaban contra mi cara como una furiosa, repulsiva marea. Y al igual que ellas, el olor a descomposición iba y venía, intensificándose por momentos en los

que contuve a duras penas las arcadas; todo por no detenerme ni un segundo en la blasfemia que suponía este campo de pesadilla.

Al fin, conseguí alcanzar el umbral de la casa. A sus pies —y digo a sus pies porque sentí estar más ante la presencia de un ser vivo que de un edificio— miré hacia arriba. Y desde aquí ya no me parecía una casa, sino una torre infinita que se alzaba hacia los ojos del cielo nocturno. La luna verde, gigantesca, había engordado como un globo enfermo e innatural. La luz de la ventana, pude ver, seguía encendida.

El intenso sentimiento de angustia indeterminada que me acompañaba desde que desperté se agudizó, aún más. Era la percepción de que un terror incomprendible, desconocido para la mente me acechaba sin descanso y que estaba a punto de aparecer. Una alerta de mi cuerpo a la que no había forma de responder o acallar. El instinto me condujo hacia la entrada de la casa, pero cada uno de mis pasos flotaba como en un sueño, en una creciente atmósfera de irrealidad sin sentido ni lógica interna.

La puerta de la casa era una tapa de ataúd.

Y si esto era una visión admonitoria de mi destino, un aviso para no internarme entre esas paredes... mi temor era aún mayor solo de pensar que habría de quedarme aquí fuera, a disposición de esa amenaza invisible que —estaba seguro— pronto me daría caza si no hacía algo por evitarlo. A mis espaldas dejaba el rumor del campo de cabezas, y me dispuse a tirar del asa cubierta de herrumbre que servía de picaporte, pero mi mano temblaba, cada vez más, según me acercaba. Al abrirse hacia dentro, observé que la puerta estaba cubierta de diminutas palabras cinceladas, en un idioma desconocido para mí.

Sentí que entraba en la boca de un enorme animal; una corriente de aire templado e impuro me recibió, como una exhalación en la cara, y me pareció que volvía a respirar por primera vez en siglos. Como siglos llevaba acumulándose el moho, la suciedad y el polvo en este recibidor de paredes verdosas, que pulsaban levemente, como si algo hubiese quedado atrapado en ellas. Un estrecho pasillo se internaba en la oscuridad y, a mi izquierda, una escalera de altos escalones de piedra conducía al piso de arriba. Eso es todo lo que iluminaba la titilante llama del candil incrustado en la pared a mi derecha.

El miedo y la sensación irreal de estar viviendo una pesadilla colapsaban mi mente; pero mis sentidos eran los de la vigilia, ajustados y precisos, obedientes a mi

voluntad y firmes en la definición de todo cuanto me rodeaba. La voz de la intuición me sugería que tal vez encontrase una salida en el piso de arriba, donde vi la habitación iluminada. Así que comencé a subir por los escalones, cuando distinguí una forma en la pared, bajo la luz del candil.

—Cielo santo... —susurré.

Medio enterrado bajo la inmundicia que cubría la pared estaba el cuerpo de Daniel y, a su lado, un poco más abajo, la cara de Alberto. Dos amigos de la infancia que hacía décadas que no veía. Estaban tal y como los recordaba, aunque sus expresiones eran extrañas. Alberto clavó sobre mí su mirada, durante unos segundos que fueron como esos años que habían pasado, antes de bajarla hacia el suelo. Creo que dejó un mensaje plantado en mi cerebro, que no supe interpretar en ese justo momento.

Seguí subiendo los escalones de piedra podrida.

Y según subía, trabajosamente, y a pesar del deseo irracional de llegar arriba y mis esfuerzos, sentí que apenas avanzaba. La débil luz del recibidor aún iluminaba el trecho que pisaba, aunque pronto la dejé atrás, sumergiéndome en la oscuridad total. Tanteaba con cuidado el siguiente escalón antes de apoyar el pie, con una mano siempre en el muro, y de vez en cuando, echaba la vista atrás para tener al menos la referencia de la luz, que era ya como una moneda en el fondo de un pozo. ¿Cómo podía ser tan alta, tan innaturalmente alta esta casa?

Con prudencia, avanzaba por esta absurda escalera infinita. De repente, vi algo por delante de mí, en los escalones que pronto habría de alcanzar. Era una luz y, sobre ella, se recortaba una silueta humana, que comenzó a bajar —al igual que yo, apoyándose en la pared—. Me quedé parado, a medida que la luz que acompañaba a esta figura —que se me hizo de mujer— iluminaba los escalones, acercándose a mí. Sus pasos eran inseguros y extraños, como a saltos, y pronto descubrí por qué. Quedé boquiabierto al reconocer sus rasgos, al estar ya casi a mi lado: era mi abuela —la única que conocí— y en sus ojos había un reproche amargo, desgastado por el tiempo; pero lo que me horrorizó fue comprobar que no tenía manos, como si hubiesen sido cortadas, al igual que sus pies, por lo que bajaba sobre sus muñones planos, diría que aún sangrantes.

Y no se detuvo ni por un segundo, mientras me atravesaba con su mirada. Pegué mi espalda contra la pared, sobrecogido.

—¿Por qué ya nunca vienes a verme? Eso es porque no me quieres.

—Ab... abuela, es que yo no pu... —intenté explicarme.

—No... no... *ya no me quieres...* —dijo para sí misma, y en su voz había dolor, inmensa tristeza y amargura.

El corazón se me encogió de pena, mientras la observaba en su descenso, bajando a trompicones, acompañada por su luz. En ese instante supe que no la volvería a ver jamás. Trastornado, emprendí mi marcha, sintiendo como si la oscuridad de la escalera fuese una cascada etérea de aguas negras, que inundó todo mi ser, mi razón, mis sentidos... Ignoro durante cuánto tiempo seguí subiendo, con la mente perdida en un torbellino de confusión, donde el presente y el pasado se alternaban por segundos, y los recuerdos de infancia se hilvanaban con los sueños de una noche ancestral, fragmentos de memoria y pesadillas, imágenes de momentos dolorosos que creía olvidados... en un caótico telar de angustia que me envolvía...

El telar se difuminó levemente, dejándome comprobar que había llegado a lo alto de la escalera. Me encontraba en mitad de una sucia sala en penumbras. El techo, pude vislumbrar, estaba oculto bajo una repulsiva masa de telarañas grises. Algo se movía dificultosamente por dentro, de un lado a otro. Un escalofrío eléctrico me recorrió la espalda, intentando imaginar qué podría ser. En cada pared de la sala —y eran cinco— había dos puertas. Solo por una de ellas se derramaba una luz amarillenta. La luz que había visto desde el exterior. Entré, sin saber lo acertado o no de mi elección.

Era una habitación pequeña, que de inmediato me transmitió una inexplicable sensación de familiaridad, pues nunca había estado allí. No encontré ninguna fuente de luz —una lámpara, como esperaba—; simplemente, emanaba del lugar. Vi el objeto que proyectaba su sombra, junto a la ventana: era un sillón de respaldo alto, tapizando con lo que me pareció piel estirada. Sentí que había allí alguien sentado, mirando al exterior; pero no podía verlo desde donde estaba. En la otra esquina de la habitación había una mesa camilla, con sus faldones carmesí. Me acerqué un poco más, sin poder creer lo que veía: allí sentada estaba mi madre, mi pobre, encogida madre. Su cara en un ovillo concentrado de profundas arrugas, que habían desdibujado cruelmente todas sus facciones. La reconocí gracias a que, en sus ojos, brillaba su amor incondicional de siempre, su ternura, su preocupación...

Me aproximé con veneración, temeroso de que mi abrazo pudiera romper algo en su cuerpo, tan frágil, tan menudo. Y cuando ya casi estaba a su lado,

escuché algo tras el respaldo del sillón, como un susurro de papel. Me dispuse a rodearlo, a ver quién estaba ahí sentado. Pero mi madre habló:

—*No... déjalo, que está ocupado* —dijo su voz triste, cansada...

La volví a mirar, conmocionado por su aspecto, por lo que el tiempo había hecho con ella.

—*Ya tienes la comida en la mesa. Y la ropa limpia en el armario* —me dijo con voz trémula.

Comenzó a llorar, cubriéndose los ojos con una mano.

—¿Por qué lloras, madre? —la congoja oprimiéndome la garganta. No llores madre.

—Por favor, no llores.

Pero ella siguió llorando, inconsolable. Yo la veía a través del velo de mis propias lágrimas.

De repente, un rumor llegó desde el exterior, acompañado de un temblor leve y continuo, que recorrió toda la casa. Fui a apoyarme en el respaldo del sillón, intentando mirar lo que ocurría a través de las ventanas. A pesar del cristal, escuchaba perfectamente los gritos de las cabezas. Todas gritaban, como en un mar de absoluta desesperación. Algo inconmensurable se aproximaba tras las montañas del horizonte, precedido de una luz rojiza, hipnótica. Quien se sentaba en el sillón añadió sus chillidos a los de las cabezas.

Entonces, con los ojos abiertos como platos, comprendí... comprendí...

Desperté. Estaba sentado en un sillón, con un libro entre las manos, casi pegado a una ventana. Sentí que alguien se había apoyado en el respaldo, pero lo que estaba ocurriendo fuera me impidió girarme: la visión de lo que se desarrollaba más allá del horizonte, su magnitud, su significado...

Las piezas absurdas que guardaba en mi mente comenzaron a ensamblarse.

Las incontables cabezas empaladas ahí abajo gritaban en un frenesí de locura. Al principio solo oía su clamor inconexo, pero al poco ya entendí lo que todas chillaban:

—*¡Ha llegado! ¡Ha llegado!* —cientos de tonos desgarrados, horrenda cacofonía.

Entonces comprendí...

Lo comprendí todo.

Y mis gritos se sumaron para siempre a los suyos.

publicado en julio de 2008